

Ramón Serrano Suñer

Ministro, académico electo y escritor

Su muerte ha soplado sobre el rescoldo y ha conseguido avivar las actitudes apasionadas a favor y en contra. Es el único castellonense que tiene dedicado un capítulo en la historia mundial, dueña ya de los hechos. Hijo Adoptivo y alcalde Honorario de Castellón, desde 1941, su padre fue ingeniero del puerto, Serrano Lloberes.

Creo que debo empezar por contemplar la imagen de las flechas prendidas en el haz, la huella de las cinco rosas simbólicas que nunca volverán y de las que hablaba Ansón en su ‘Canela fina’, donde dice que Serrano Suñer sentía por Mussolini, admiración y simpatía; por Hitler, admiración y antipatía; por José Antonio Primo de Rivera, embeleso. Y que Franco le producía una permanente contradicción.

Tenía 36 años, cuando José Serrano Lloberes, su padre, fue nombrado director de las obras en construcción del Puerto de Castellón, con la aureola de su brillantísima carrera de Ingeniero de Caminos. También muy joven había contraído matrimonio con la dama valenciana Carmen Suñer Font de Mora. Con ocho hijos, quedó viudo en Castellón donde permaneció desde 1904 hasta 1919. Todos los niños han recordado siempre sus idas y venidas en la *Panderola* entre el Grau y Castellón. Y, sobre todo, han sentido en la piel su vinculación a nuestra ciudad, donde han ido al colegio y han estudiado bachillerato en el viejo instituto de Santa Clara, en la calle Mayor.

–“Mi padre era un ejemplo de competencia profesional–, –me decía don Ramón–, de rectitud, austeridad, exigencia y de virtud”.

Al morir en Madrid el 3 de julio de 1936, el Ayuntamiento de Castellón le rindió un homenaje por el “ejemplo de su vida austera y su benemérita labor”.

El monumento en su honor que se erigió en el recinto portuario, desapareció hace unos años.

LA VIDA

El 12 de septiembre de 1901, nació Ramón Serrano Suñer en Cartagena. Pero en Castellón tuvo sus primeros maestros, el cariño de sus primeros compañeros, la pátina de sus profesores decisivos, Domingo Herrero, Mateo Asensi, mossén Pachés, Salvador Guinot, Balbás, Catalino Alegre y, sobre todo, Luis Revest, a quien quiso y admiró siempre, como cabeza privilegiada entre **els sabuts**, a los que Castellón –ponía énfasis al decirlo– “debía una parte importante de su identidad como pueblo”.

Fue en la década de los ochenta cuando tuve ocasión de relacionarme con asiduidad con don Ramón. Sus visitas a Castellón eran frecuentes por aquellos años y el contacto personal se producía muy a menudo en la librería Armengot, donde gozaba como autor de que tuviéramos sus libros siempre muy bien situados en los escaparates o en los estantes de las novedades: *Entre Hendaya y Gibraltar*, *Ensayos al viento*, *La historia como fue*, *De anteayer y de hoy*, *Dictámenes jurídicos*, *Memorias....*

Gustaba entonces de que se le considerara como escritor y especialmente como jurista, con su brillante hoja de servicios como Abogado del Estado en Castellón, en Zaragoza y en Madrid, a cuyo Cuerpo ingresó por oposición a los 22 años, siendo todavía menor de edad.

Me recordaba muy a menudo:

–“Yo estudié Derecho en lo que entonces se llamaba Universidad Central, en el viejo caserón madrileño de San Bernardo”–.

Y me elogiaba aquellos insignes profesores, Rey Pastor, Ortega y Gasset, García Morente, Gregorio Marañón, Sánchez Albornoz, Besteiro, Casares y la sombra alargada de Cajal y su escuela.

En aquellos años, tanto en la librería como en la playa, paseando junto al mar en el entorno de la Almadraba, en Benicàssim, manteníamos animadas conversaciones –él hablaba y yo preguntaba– en las que aparecían infinidad de temas en torno a su protagonismo y a su abrumadora presencia en el primer plano de la vida española a través del Gobierno, aunque era reacio a contarme cosas que pudieran comprometerme a mí. Pero en 1984, el día 10 de mayo, pronunció una multitudinaria conferencia en el Ateneo de Castellón, titulada *La II Guerra Mundial* y como yo observé las diferencias entre lo que él contaba y lo que escribían sus críticos, se lo hice saber y me prometió que, poco a poco, me iría haciendo llegar desde Madrid las copias de sus nuevas conferencias aclaratorias. Lo conservo casi todo y hay escritos muy cariñosos de su puño y letra, en los márgenes.

Sus años en Zaragoza fueron muy importantes, ya que conoció allí a Zita Polo, cuñada del general Franco. Contrajeron matrimonio el 6 de febrero de 1932 en Oviedo. Y fue testigo José Antonio, el fundador de la Falange, amigo personal de Serrano, con quien compartía el republicanismo inicial y sus hermosas ideas juveniles de subversión. Diputado a Cortes en la II República con La Ceda, encarcelado al principio de la Guerra Civil, mientras sus hermanos José y Fernando eran fusilados en Paracuellos, y grandes peripecias hasta llegar a Salamanca, donde empieza su carrera política, ya que el 19 de abril de 1937 redactó el Decreto de Unificación de la Falange con las Jons y los Requetés. Formó parte del primer

Gobierno de Franco, 30 de enero de 1938, con el que fue ministro de Interior, Gobernación y Asuntos Exteriores, con excepcional protagonismo en las relaciones de España y Franco con Hitler, Mussolini, Pétain, Pío XII... y se convirtió en *El Cuñadísimo*.

Autor de la primera de las Leyes Fundamentales que armaron la constitución del nuevo Estado, el Fuero del Trabajo, el organismo Regiones Devastadas, la Once, División Azul, Agencia EFE, intentó dar un toque cultural a sus decisiones y se apoyó en Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo, Azorín, Ortega hasta que el 16 de agosto de 1942 fue cesado como miembro del Gobierno, con motivo del atentado de Begoña.

Después, políticamente, nada. Abrió bufete de abogado y manejó importantes asuntos. Ganó el premio *Cavia* de periodismo y fue elegido por votación Académico de Ciencias Morales y Políticas. Fundó y dirigió Radio Intercontinental y, al enviudar el 23 de febrero de 1993, su vida se fue apagando poco a poco sobre su silla de ruedas. Este último día 1 de septiembre, falleció en Madrid.

EL RECUADRO

Un grupo de librerías creamos en 1985 la Fira del Llibre y nos permitimos invitar a Serrano Súñer para la firma de ejemplares, en la plaza de la Pescadería. Compartió mesa con Vizcaíno Casas, Vázquez Montalbán y la presencia de Manolo Vicent, que prefirió trabajar “sin compañías” en un banco de la plaza. Antes estuvo Enric Valor, premiado por la Generalitat Valenciana. La presencia de Serrano Súñer despertó amistosa expectación entre un sector de la ciudad y un total rechazo por otros. Después restauró la hermosa histórica casona de la calle Caballeros, donde había nacido el Casino de Castellón, y siguió visitando como cada año el colegio de su hermano Fernando, “el Serrano Súñer”, al que apoyó con premios y aportaciones en todo momento.